

prende usted? Se casarán á la fuerza. Piense usted en que puede hacer la petición mañana y que entonces será demasiado tarde. Decídase usted hoy mismo.

—Yo le deseo un buen éxito, pero en cuanto á ayudarle... No sé si debo...

—Comprendido. Esperemos hasta mañana—concluyó Mizintchikov con una sonrisa burlona.—La noche es buena consejera. Hasta la visita. Volveré á buscarle mañana temprano. Piénselo.

Y se marchó silboteando.

Yo salí casi de puntillas para tomar un poco el aire. Aun no había hecho su aparición la luna; la noche era oscura y la atmósfera sofocante; no se movía una hoja. A pesar de mi gran fatiga quise pasear, distraerme, repasar mis ideas; apenas había dado diez pasos oí la voz de mi tío. Subía la escalinata del pabellón acompañado de alguien con quien hablaba animadamente. Me acerqué. Su interlocutor no era otro que Vidopliasov.



CAPÍTULO XI

UN GRAN ASOMBRO

No!—exclamé.—¡Por fin!
—También yo ardía en deseos de verte. Déjame que termine con Vidopliasov y enseguida podremos hablar. Tengo muchas cosas que decirte.

—¿Cómo? ¿Todavía Vidopliasov? Despídale.

—Espera cinco ó diez minutos y enseguida soy contigo. Tengo que terminar un pequeño asunto.

—¡Pero si no hace más que importunarme con sus tonterías!—dije poniendo en mi acento una expresión de marcado malhumor.

—¿Qué voy á decirte? Sin duda el momento no es el mejor para venir á importunarme. Vamos, Grigori, ¿no podías

buscar otra ocasión para presentarme tus quejas? ¡Ten siquiera piedad de mí! Ni uno solo de los otros deja de molestarte. ¡No puedo más, Sergi!

Y mi tío abriendo los brazos hizo un ademán de profunda fatiga.

—Pero ¿qué asunto tan importante es el suyo que no admite aplazamiento? Tío, necesito...

—¡Luego dicen que no me preocupo bastante del bien de mis gentes! Mañana se quejará de que no he querido escucharle... otra vez...

—Vamos terminemos pronto. Subamos. ¿Qué es lo que quiere?—dije así que estuvimos en el pabellón.

—Nada; que no le gusta el nombre que lleva. Pide permiso para cambiarlo. ¿Qué dices á esto?

—¡No le gusta su nombre! Antes de oírle, permítame que le observe que solo en esta casa se presencian tales milagros.

Y mi ademán subrayaba mi asombro.

—También yo sé asombrarme. ¿De qué sirve eso?—dijo mi tío incomodado.

—Anda, háblale, dile que vuelva. Hace dos meses que me persigue.

—No quiero llamarme así—dijo Vidopliasov.

—¿Por qué?—le pregunté.

—Porque mi nombre puede tomarse en mal sentido.

—Bueno; ¿pero cómo cambiártelo? El nombre no se cambia.

—Sí, pero no se puede tener un nombre semejante.

—Acepto que sea bastante raro—continué sin salir de mi asombro.—Y ¿qué le vamos á hacer? Tu padre se llamaba del mismo modo.

—Por culpa de mi padre tengo yo que sufrir toda la vida, porque mi nombre me atrae innumerables disgustos y burlas que no pueden tolerarse—contestó Vidopliasov.

—Juraría—exclamé indignado,—que todo esto es obra de Foma Fomitch.

—No, no; te equivocas. Es cierto que Foma le colma de beneficios; le ha hecho su Secretario, que tal es el empleo de Grigori. Se ha esforzado en desarrollar su inteligencia, en comunicarle su nobleza de alma y ha conseguido hacer de él un hombre listo para algunas cosas... Ya te lo explicaré...

—Es exacto todo eso—interrumpió Vidopliasov.—Foma Fomitch me protege. Me ha hecho concebir mi insignificancia y que no soy más que un gusano sobre la tierra; me ha enseñado cuál era mi destino.

—Verás, Serioja—dijo mi tío con su acostumbrada precipitación.—Este hombre vivió en Moscou desde la infancia. Estaba de criado en casa de un profesor

de caligrafía. ¡Si vieres lo bien que ha aprovechado las lecciones de su maestro! ¡escribe con tinta de colores y de oro; dibuja, en una palabra, es un artista! Enseña á escribir á Ilutcha y yo le pago un rublo y cincuenta kopeks por la lección; es el sueldo que ha fijado Foma. Da también lecciones en casa de otros propietarios que le retribuyen de igual manera. Y ya ves cómo va vestido. Además hace versos.

—¡No faltaba más que eso!—exclamé.

—Sí, versos, Serioja, versos; y no creas que me burlo; verdaderos versos, versos admirables. Cuaquier cosa que vea le basta para hacer versos sobre ella. Es un gran talento. El día del santo de mi madre hizo una composición tan hermosa que al oirla no volvíamos de nuestro asombro. El asunto era mitológico, con intervención de las musas y estaba la poesía primorosamente rimada. Se la habrá corregido Foma. Naturalmente que á mí eso no me parece mal; al contrario, me agrada. Que ponga versos si le gusta con tal de que no cometa ninguna falta. Te hablo como un padre, Grigori. En cuanto Foma tuvo conocimiento de esas disposiciones le tomó por lector y copista; en una palabra, le ha dado instrucción y Grigori no miente cuando le llama su protector. Pero todo esto ha hecho germinar en su

cerebro el romanticismo y el espíritu de independencia; Foma me ha explicado cómo era todo eso, pero ya no me acuerdo de lo que me dijo. Por mi parte ya había pensado sin la intervención de Foma en darle la libertad... pero Foma se opuso al proyecto porque necesito de su auxilio; también me hizo notar que era un honor para mí el tener poetas entre mis familiares y que así ocurría á algunos barones en las épocas de verdadera grandeza. ¡Vaya por la verdadera grandeza! Empiezo á quererle, ¿entiendes? pero lo malo es que comienza á ponerse orgulloso y que no quiere dirigirles la palabra á los demás criados. No te incomodes, Grigori; ya te he dicho que te hablo como un padre. Iba á casarse con Matriona, una muchacha honrada, trabajadora y alegre. Ahora ya no piensa en eso, sea porque se haya formado una idea demasiado alta de sí mismo, ó porque esté resuelto á conquistar la celebridad antes de tomar estado.

—Fué principalmente por consejo de Foma Fomitch—nos hizo observar Vido-pliasov.—Como me quiere bien...

—¿Cómo prescindir de Foma Fomitch en nada?—balbucí involuntariamente.

—No es esa la cuestión;—interrumpió precipitadamente mi tío—es que no le dejan tranquilo. La muchacha, que no tiene nada de tímida, ha excitado á todos

los criados para que se burlen de él y le ridiculicen; hasta los niños le tratan de bufón...

—Y todo por causa de Matriona —exclamó Vidopliasov.—Es una imbécil; y yo tengo que pagar las consecuencias de su mal carácter.

—Sí, Grigori, es lo que yo te decía —continuó mi tío con tono de reproche.—Han encontrado á su nombre un consonante picaresco y por eso pide permiso para cambiarlo. Según dice, el tal nombre le hace desgraciado.

—¡Un nombre tan vulgar! —añadió Vidopliasov.

—Bien; cállate, Grigori. Foma es de su opinión... es decir, no precisamente de su opinión, pero hay que tener en cuenta esto: En el caso de que publicásemos sus versos, como proyecta Foma, el nombre sería perjudicial, ¿verdad?

—Pero ¿quiere editar sus versos?

—Sí, está decidido. La edición se hará á mi costa. En la primera hoja hará mención de que es mi siervo, y en la introducción el autor expresará en pocas palabras su gratitud hacia Foma que le ha instruído y al que dedicará el libro. Foma escribirá el prólogo. El libro se titulará: «Los sueños de Vidopliasov».

—No, «Los suspiros de Vidopliasov» —corrigió el criado.

—Ya ves. Los suspiros de... un nombre

ridículo y, según Foma, contrario á la delicadeza y el buen gusto... tanto más cuando que nuestros críticos se inclinan á la burla y especialmente Brambeus... Nada les detiene y el nombre del autor les serviría de pretexto para mil juegos de palabras. Yo le digo que le bastará con firmar con cualquier otro nombre (con un seudónimo, según dicen). No —me contesta— mande usted á todos los criados que me den otro nombre, un nombre que convenga á mi talento.

—Y yo estoy seguro de que usted ha accedido ¿verdad, tío?

—Sí, Serioja, y principalmente por no tener discusiones con ellos. Precisamente había entonces entre Foma y yo ciertas diferencias... Pero ahora Grigori cambia de nombre cada ocho días; escoge los más delicados: Oleandrov, Tulipanov... Primero has querido llamarte «Grigori Vierny» y después este nombre te desagradó porque un mal intencionado encontró para él un consonante que era todo un insulto. Se le castigó á petición tuya. Pero ¿de cuántos nombres note has recargado! Una vez quisiste llamarte Oulanov. Confiesa que es un nombre ridículo. Pero yo di mi consentimiento aunque no fuese más que para acabar de una vez —y mi tío se dirigió hacia mí. —Fuiste Oulanov tres días... Has gastado una resma de papel en estudiar el

efecto que haría la nueva firma. Pero también aquella vez estuviste desacerado. Le descubrieron otro consonante á Oulanov. ¿Qué otro nombre escogiste después? Ya ni siquiera me acuerdo.

—Tantsev—contestó Vidopliasov.—Es preciso que mi nombre tenga cierta movilidad, cierto aspecto extranjero. Tantsev.

—Muy bien, Tantsev. No he encontrado inconveniente. Pero el caso es que inmediatamente te colgaron otra rima que no serías capaz de repetir. Hoy sin duda has encontrado otra cosa. ¿No es verdad, Grigori? Vamos, confíesalo.

—En efecto, hace tiempo que deseaba poner á sus pies un nombre nuevo.

—¿Cuál es?

—Essbouketov.

—¿Y no te avergüenzas, Grigori, no te avergüenzas? Parece el nombre de una pomada. Tú, un hombre inteligente, no has dado con otro seudónimo y sin duda después de laboriosas rebuscas. Parece que lo estoy viendo sobre un frasco de perfume.

—Tío—le dije en voz baja.—Este hombre es un imbécil.

—Y ¿qué le vamos á hacer, querido?—contestó mi tío;—dicen todos que es muy inteligente y que está animado de los más nobles sentimientos...

—Pero, por favor, dígame que se vaya.

—Vamos, Grigori, escucha—dijo mi tío con una voz tan suplicante como si tuviera miedo al mismo Vidopliasov.—¿Crees que debo dedicar todo el tiempo á escuchar tus quejas? Te lamentas todavía de que te han insultado. Desde mañana mismo me ocuparé de eso, te lo aseguro. Pero por el momento, vete, que Dios te acompañe. Espera, ¿qué hace ahora Foma Fomitch?

—Cuando me separé de él estaba acostándose y me ha dicho que contestase si se me preguntaba qué hacía, que pensaba pasar rezando toda la noche.

—Bueno, vete, vete... Ya lo ves, Serioja, no abandona un momento á Foma Fomitch y ya empieza á preocuparme eso. Los demás criados no le quieren porque le va con cuentos á Foma. Ya se fué, pero de aquí á mañana forjará alguna nueva historia... Ya está todo arreglado; y yo estoy tranquilo... Sentía deseos de que estuviéramos juntos. Por fin lo estamos ya—y me estrechó emocionadamente la mano.—¡Y yo que te creía incomodado y dispuesto á escabullirte! Había dado órdenes para que te vigilasen... Ahora Gavriilo, antes Fala-lei... y tú... todo á un tiempo. Pero, gracias á Dios, podré hablarte á mi gusto con el corazón en la mano. No te vayas, Serioja; no tengo á nadie más que á tí y á Korovkine.

—¿Pero que es lo que ha arreglado usted y que tengo yo que hacer aquí después de lo ocurrido? Le aseguro que me abrasa la cabeza.

—Y á mí también. Hace seis meses que las ideas andan á la desbandada por mi cerebro. Pero gracias á Dios todo está arreglado. Me perdonaron completamente, con ciertas condiciones, es verdad, pero yo no tengo casi nada que temer. También perdonaron á Sachouska. ¿Te acuerdas de Sacha? Se acalora y se ha dejado ir demasiado, pero tiene un corazón de oro. ¡Dios la bendiga! Me siento orgulloso de ella, Serioja. También á tí te perdonan. Podrás hacer todo lo que quieras; recorrer las habitaciones, pasearte por el jardín, con la única condición de que no dirás nada mañana ni delante de mi madre ni delante de Foma Fomitch. Lo he prometido en tu nombre: te limitarás á escuchar... Dicen que eres demasiado joven para... No te incomodes Sergio; eres en efecto muy joven... Anna Nilovna es de la misma opinión...

No había duda de que yo era demasiado joven y lo demostré inmediatamente protestando con indignación contra aquellas cláusulas humillantes.

—Diga usted tío—exclamé sofocado;—dígame usted sólo una cosa para tranquilizarme: ¿es esta una casa de locos ó no?

—¡Otra vez! En seguida te dispones á criticar, no puedes contenerte—exclamó afligido.—No estás en una casa de locos, pero ha habido apasionamiento exagerado por las dos partes. Vamos, convén en ello: ¿cómo te has conducido? ¿No te acuerdas de lo que te has atrevido á decir á un hombre que por su edad debía ser venerable?

—Los hombres de esa clase no tienen edad, tío.

—Te extralimitas, Sergio. Yo no desapruero la libertad de pensamiento mientras se contiene en los límites del buen gusto, pero tú te extralimitas... Me asombras, Sergio.

—No se incomode usted tío; he cometido una falta, pero sólo respecto á usted. En lo que concierne á Foma...

—Vamos, Sergio, no le juzgues tan severamente; es un misántropo, un enfermo, nada más que eso. No hay que mostrarse demasiado exigente con él. Pero en cambio tiene un corazón noble; es el más noble de los hombres. Acabas de asistir á la prueba y si á veces comete algunas faltas hay que pasarlas inadvertidas. ¿A quien no le ocurre eso?

—Yo preguntaría mejor ¿á quien le ocurre eso?

—¡Ah! no dejas de repetir la misma cosa. No eres indulgente, Serioja; no sabes perdonar.

—Bien, tío, bien; dejemos eso á un lado. Ahora dígame usted si ha visto á Nastassia Evgrafovna.

—Precisamente se trataba de ella... Pero he aquí lo más grave: hemos decidido que iríamos mañana á felicitar á Foma. Mañana iremos todos á verle temprano, antes de la misa. Ilutcha le recitará una poesía; esto le agradará, le satisfará. ¡Ah! Si tú quisieras venir con nosotros, es seguro que te perdonaría completamente. ¡Cómo me gustaría veros á los dos reconciliados! Vamos, Serioja, olvida el ultraje; también tú le has ofendido... Es un hombre de los más respetables...

—Tío, tío—grité impaciente,—tengo que hablarle de asuntos muy graves y otra vez le pregunto ¿qué le ocurre en estos momentos á Nastassia Evgrafovna?

—¿Pero qué pasa? Por ella ha sobrevenido este suceso que no es de hoy y que dura hace ya mucho tiempo. Yo no había querido hablartè antes de ello para no disgustarte. Pretendían despedirla sencillamente; me exigían que la despidiese. Imagínate mi situación... Gracias á Dios todo está arreglado. A tí no te oculto nada; creían que estaba enamorado de ella y se figuraban que pensaba pedirla y que me deslizaba hacia mi perdición, porque sería mi perdi-

ción; me lo han demostrado... Entonces, para salvarme, habían decidido despedirla... Todo ello es cosa de mamá y de Anna Nilovna. Foma no ha dicho ni una palabra. Pero les he disuadido, y te confieso, que te he declarado oficialmente prometido á Nastenka. He dicho que no has venido á otra cosa. Se han tranquilizado, y así ella se quedará, aunque á título de ensayo, pero se quedará. Tú has ganado en la opinión general al saber que pretendías su mano. Por lo menos mamá se calmó mucho. La única que siguió gruñendo fué Anna Nilovna. No sé que hacer para caerle en gracia. Pero ¿se puede saber qué es lo que quiere?

—Tío ¡en que error tan grande está usted! Sepa usted que Nastassia Evgranovna se marcha mañana si no ha partido ya. Su padre ha venido para buscarla. Está acordado; ella misma me lo ha dicho y me ha encargado despedirla de usted. ¿No lo sabía?

Mi tío quedó boquiabierto. Me pareció que todo su cuerpo se estremecía en un temblor; empezó á sollozar. Sin perder un instante le hice una historia rápida y detallada de mi conversación con Nastia. Le hablé de mi petición y de su negativa categórica y del rencor que sentía hacia él porque no había vacilado en hacerme venir. Le dije que esperaba

salvarle, marchándose, de la boda con Tatiana Ivanovna. En una palabra, no le oculté nada de la entrevista y hasta exageré intencionalmente todo lo que podía haber de desagradable para él porque tenía la esperanza de inspirarle medidas decisivas á favor de una gran emoción. Su emoción fué grande en efecto. Se llevó las manos á la cabeza y gritó:

—¿Dónde está? ¿Sabes dónde está? ¿Qué hace?— consiguió pronunciar pálido de terror. Después añadió con desesperación:—¡Y yo que estaba tan tranquilo creyendo que todo iba bien!

—No sé donde estará ahora, pero hace un rato cuando se oyeron gritos, corrió en busca de usted para decírselo todo ella misma. Es probable que no la hayan dejado encontrarle.

—Sin duda no la han dejado. ¿Qué va á ser de ella? ¿Dónde irá? ¿Dónde? Tú eres bueno, pero ¿por qué te ha rechazado? ¡Deberías agradarla! ¿por qué no la agradas? ¡contéstame por amor de Dios! ¿A qué viene el quedarse así?

—Perdone usted, tío; ¿qué contestar á tales preguntas?

—Es imposible. Tú debes casarte con ella; para eso te he hecho venir de San Petersburgo. Debes hacerla feliz. Quieren echarla de aquí, pero cuando sea tu mujer, mi propia sobrina, no la echa-

rán. ¿A dónde irá? ¿Qué hará? ¿Buscará una plaza de doncella? ¿Cómo viviría mientras tanto? El viejo tiene sobre sí nueve hijos que se mueren de hambre. Ella no aceptará de mí la menor cantidad si se marcha con su padre á consecuencia de estos comadreos. Y pensar que se marcha así, ¡es terrible! Será un escándalo, lo sé. Todo el dinero que ha podido ganar lo han gastado en su casa. Ella les mantiene... podría encontrar un puesto de institutriz en una familia honrada y distinguida con mi recomendación, pero ¿en dónde hallar una familia verdaderamente honrada y distinguida? Es peligroso; ¿de quién fiarse? Además la juventud es siempre susceptible. Se figura fácilmente que se la quiere hacer pagar el pan que come con la humillación. Es orgullosa; la ofenderán ¿y entonces?... Luego, cualquier seductor canallesco que ponga los ojos en ella... Ya sé yo que ella le escupiría á la cara; pero no por eso el miserable la habrá ofendido menos. ¡Y ya está deshonrada! ¿y entonces? ¡Dios mío!

—Tío—dije con solemnidad;—tengo que hacerle una pregunta; no se incomode. Puede resolver muchas dificultades y casi tengo derecho á exigirle una contestación categórica.

—¿Qué? Pregunta.

—Francamente, sinceramente: ¿No se siente usted enamorado de Nastassia Eugratovna y no desea usted casarse con ella? No olvide usted que ese es el único motivo de las persecuciones que sufre.

Mi tío tuvo un gesto en el que se traslucía á un tiempo la impaciencia y la energía febril.

—¿Yo enamorado de ella? Están todos locos ó se trata de un verdadero complot. Pero ¿por qué te habría hecho venir sino para probarles que han perdido la cabeza? ¿Por qué iba yo á pretender que pidieses su mano? ¿Yo enamorado? ¿Enamorado de ella? Han perdido la cabeza, no hay duda.

—Sea de ello lo que sea, tío, déjeme que le abra mi corazón. No se me ocurre ninguna objeción sería á semejante proyecto, por el contrario, si la ama usted, eso haría la felicidad de ella. Deseo que el Señor se la conceda y les dé amor y prosperidad.

—Pero ¿qué dices?—exclamó mi tío con una expresión de terror.—Me asombra que puedas hablar así, en frío... Es una locura. Vamos á ver. ¿Cómo podría casarme con una muchacha á quien considero como una hija, y que me avergonzaría de considerar de otro modo, porque sería un verdadero pecado? Yo soy un viejo y ella es una flor.

Foma me lo ha explicado perfectamente, sirviéndose de los mismos términos. Mi corazón desbordaba de un afecto paternal y vienes á hablarme de matrimonio. Sería posible que no me rechazase, por reconocimiento, pero más tarde me despreciaría. Sería llevarla á la perdición y sería hacerla olvidar su cariño. ¡Si yo le daría con gusto mi alma! La quiero tanto como á Sacha, acaso más, lo confieso. Sacha es hija mía por la fuerza de las cosas; Nastia ha llegado á serlo por el afecto. La recogí pobre, la he educado. Mi Katia la quería mucho; me la ha legado por hija. La he hecho recibir instrucción; habla francés; toca el piano, tiene sus libros y todo lo que necesita... ¡Qué sonrisa la suya! ¿Te has fijado, Sergio? Se diría que quiere burlarse, pero no se burla; es toda ternura, por el contrario... Me imaginé que al llegar tú y declararte á ella, comprenderían todos que se habían equivocado y dejarían de difundir esos intolerables rumores. Entonces podría vivir en paz con nosotros y seríamos felices. Los dos sois huérfanos, y yo os he recogido y educado á los dos.. Os habría consagrado mi vida, nunca os abandonaría; estaría con vosotros, siempre. ¿Por qué serán los hombres tan malos? ¿Por qué se enfurecen unos con otros?

¿Por qué se odian entre sí? ¡Quería haber podido explicarle todo esto, Dios mío!

—Sí, tío, sin duda, todo eso es muy bonito, pero tiene un *pero*; me ha rechazado.

—¡Te ha rechazado! Casi tenía yo el presentimiento de que te rechazaría.—Luego repuso:—Pero no; has entendido mal, sin duda has estado torpe; la habrás molestado ó le habrás dicho tonterías... Vamos, Sergio, cuéntame como fué.

Volví á comenzar mi relato detalladamente. Cuando llegué á decirle que Nastenka quería alejarse para librarle de Tatiana Ivanovna, sonrió con amargura.

—¡Librarme!—dijo—¡Librarme! ¡Hasta mañana por la mañana!

—¿No quiere usted hacerme oír que va á casarse con Tatiana Ivanovna?—exclamé horrorizado.

—Y ¿cómo habría logrado que no despidiesen á Nastia? Mañana debo hacer la petición; lo he prometido seriamente.

—¿Está usted decidido, tío?

—Sergio, estoy resuelto. Haré mañana la petición; la ceremonia será sencilla; tú podrás ser testigo. Ya he hablado para que no te hagan marchar. ¿Qué quieres? Dicen que esta boda aumentará la herencia de mis hijos; ¡y qué es lo que no se hace por los hijos! Andaría uno de cabeza por ellos. Es

necesario que yo sea útil á mi familia; no puedo continuar sin servir para nada toda la vida.

—Pero, tío, ¿no está loca?—exclamé sin recordar con quien hablaba. Mi corazón se oprimía dolorosamente.

—No, no tan loca. No está loca; ha sufrido... ¿qué quieres? preferiría tomar otra mujer que estuviere en el uso de sus facultades... ¡Y si supieses que buena es, y los nobles sentimientos que posee!

—¡Ah, Dios mío, se sometel—grité con desesperación.

—Pero ¿qué voy á hacer. Todos me lo aconsejan por bien mío; además, yo he tenido el presentimiento de que tarde ó temprano me sería imposible evitar este enlace. Vale más decirse que tener que soportar continuas disputas, y te lo diré con franqueza, querido Sergio, estoy contento. Mi resolución está tomada; se trata de un asunto arreglado y de una preocupación menos... estoy más tranquilo. Señor, cuando vine en busca tuya ya estaba completamente en calma, pero ¡ya ves cual es mi suerte! Con esta combinación conseguía que Nastassia continuase con nosotros; fué sólo con esta condición como he consentido y ahora quiere irse. Pero no será así.—Golpeé el suelo con el pie y añadió resueltamente:—Escucha